

MIKAEL

"¿QUIÉN COMO DIOS?"



NUESTROS AMIGOS LOS SANTOS
Mons. Adolfo Tortolo

LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XX
Card. Joseph Höffner

NEUROSIS DE FRUSTRACIÓN Y VIDA ESPIRITUAL
Abelardo Pithod

MODERNOS ATAQUES CONTRA LA FAMILIA
Carlos M. Buela

MARÍA DEL ADVIENTO Y MARÍA DE LA NAVIDAD
Héctor Muñoz O. P.

15

REVISTA DEL SEMINARIO DE PARANA

NEUROSIS DE FRUSTRACION Y VIDA ESPIRITUAL

La psiquiatra holandesa Anne Terruwe ha intentado en un pequeño libro, cuya edición castellana lleva por título **Cristianismo sin congoja** (1), ofrecer algunas explicaciones psicológicas a ciertos síntomas de descomposición en el catolicismo de nuestros días.

No nos gustan las explicaciones psicológicas cuando se trata de fenómenos espirituales históricos complejos. Pero la insuficiencia de la psicología o de la sociología para entender la historia no nos redime de buscar también en ellas algunas causas de eso que llamamos movimientos del espíritu (para decirlo con una expresión de sabor hegeliano). Ya otra vez hemos caído en la tentación de apelar a las explicaciones psicológicas para entender la crisis de la conciencia cristiana de hoy (2), falta que nos valió una agria reprimenda que, por razones que se supondrán, no nos desalentó (3). Reconocemos que pusimos entonces un cierto entusiasmo demasiado juvenil en lo que creíamos descubrir. Los excesos en que, por su parte, pueda caer Anne Terruwe —más allá de sus innegables aciertos parciales— se deben en cambio, probablemente, a sus hábitos profesionales y a las influencias notorias del neocatolicismo progresista. Si a pesar de estos riesgos nosotros volvemos a reincidir, es porque nos sentimos estimulados por el ejemplo de una gran autoridad: Roland Dalbiez ha hecho hace poco, asimismo, un intento análogo, el de captar el fenómeno luterano a la luz de la psiquiatría, y R. Calderón Bouchet, filósofo de la historia que declara no tener afición por ese tipo de explicaciones, se

(1) Zalla (Vizcaya), Ed. Paulinas, 1971.

(2) *Jansenismo y progresismo en la conciencia cristiana actual*, Mendoza, Universidad Católica Argentina, 1967.

(3) Pbro. Jorge Mejía, *Criterio*, Buenos Aires, 1968.

hizo eco de ellas en estas mismas páginas, también con innegable autoridad (4).

Tomismo y dinámica de la personalidad

Anne Terruwe alude a un texto tomista con el que se podría tanto confirmar una verdad de sentido común cuanto fundar una sólida **teoría dinámica** de la personalidad. El Aquinate expresa con sencillez una intuición muy profunda sobre esa dinámica y sobre las relaciones entre las tendencias superiores e inferiores de la naturaleza humana. Conocemos por experiencia íntima y por ser el eterno tema de la antropología el problema del espíritu en su condición carnal. Tres haces de fuerzas tendenciales entretrejen con sus interrelaciones nuestra vida; los antiguos los llamaron concupiscible, irascible y "appetitus rationalis". Deformado, el modelo se repite en el psicoanálisis con los nombres de Ello, Superego y Yo. Según la visión tomista corresponde al espíritu **asumir eminentemente** y poner a su servicio, sobrelevándolas, las fuerzas pasionales de nuestra naturaleza sensible. Pero si Santo Tomás emplea alrededor de 30 cuestiones de su Suma **teológica** en el tema de la sensibilidad no es precisamente para proponer reprimirla. El vio que reprimiéndola se atenta contra la **naturaleza** humana, y la psicología de hoy y, la sabiduría de siempre han alertado sobre las conocidas reacciones de rebote que la carne opone al espíritu cuando éste por hacer el ángel termina haciendo la bestia. Puede ser, eso sí, una bestia lasciva o una bestia furiosa. Ambos efectos los halla ¡y a veces simultáneamente! la psicología actual cuando la persona no ha logrado dar unidad, por asunción eminente, a las fuerzas nada dóciles que la **con-mueven**.

Y vamos ya al texto. La autora remite a la Suma Teológica, III, q. 33 y ss., pero debe tratarse de la I, IIae (seguramente un error de imprenta). Tampoco hemos hallado la cita textual a que alude la Dra. Terruwe, pero se reconstruye bien mediante el contexto. Remitiéndose a ese lugar, la autora viene a decir (5), en síntesis, que en la sensación de los bienes **connaturales** el hombre recibe, juntamente con el **deleite** (delectatio), la **confirmación** de su propia naturaleza, es decir —añadamos— se encuentra a sí mismo, halla su **identidad** al penetrar el mundo de las cosas adquiriendo una **experiencia trascendental** de las mismas. Vamos por partes.

(4) MIKAEL, N. 11, nota sobre Roland Dalbiez, *L'Angoisse de Luther*, París, Tequi, 1974.

(5) Op. cit., p. 80.

1. Los bienes a los que tienden el concupiscible, el irascible y el apetito racional, son naturales al hombre y de ellos tiene como una anticipación por connaturalidad. Por eso diremos que, al hallarlos, se halla a sí mismo.

2. Logrado esto, el ser experimenta una profunda **delectatio** (6) que si se ve frustrada lo desordena seriamente, pudiendo producir, como ha mostrado la psiquiatría, graves perturbaciones de la personalidad. “¿Acaso la psicología moderna no atribuye a la frustración de estos deleites incluso las anomalías más profundas que conocemos a través de nuestras observaciones clínicas?”, dice Anne Terruwe, y agrega: “Estas anomalías son tan profundas que a veces no es posible llegar hasta ellas por medio de la psicoterapia, y entonces los sujetos no pueden curarse” (7).

3. En tal dinámica el hombre halla la **confirmación** de sí mismo, a través del encuentro de su propia naturaleza y —añadamos— según la índole de cada cual. El término de los psicólogos es **confirmación**. Cuando un ser se ve rechazado por los demás, que son la primera fuente de confirmación connatural, se siente hondamente **extrañado**, y termina perdiéndose a sí mismo. Los niños que padecen de privación materna son un clásico y tristísimo ejemplo.

4. Ahora bien, para **identificarnos** de esa confirmación de la propia naturaleza, particularmente necesitamos hallarnos en el amor de los demás.

5. Así, enteros, podremos salir del **absoluto indiferenciado** (Freud, Piaget) en el que nacimos y, mediante el juego Yo-Mundo ser-nosotros, penetrar lo otro como otro, para lo que hay que ser uno, es decir ser **trascendentalmente**. La pura inmanencia es el modo de ser del autismo esquizofrénico.

La psiquiatra Terruwe se pregunta si la ola de puritanismo (nosotros lo llamamos jansenismo) que habría envuelto la espiritualidad católica no ha contribuido a este su colapso actual. El ser frustrado en su naturaleza —reprimido, diría Freud— genera

(6) El artículo 1 de la cuestión 33 de la I. Ilae habla de la “dilatación” que el ánimo experimenta con la delectación y el perfeccionamiento que ella produce de rebote en las potencias que la gozan. ¡Vaya escándalo que produciría esto a los críticos demasiado severos de la pedagogía del interés y la motivación! “El ánimo del hombre se agranda o dilata por la delectación” (I. Ilae, q. 33, a. 1, Resp.) y “el deleite perfecciona la operación” (ibid., a. 4, Resp.).

(7) Op. cit., p. 81.

mecanismos de defensa (como la formación **reactiva**) y puede terminar anulándose. Por cierto, todo dependerá también de la fuerza del Yo de cada cual, pero he aquí que esa fuerza del Yo depende muy directamente a su vez, aunque no exclusivamente, de una buena relación originaria materno-infantil. Las rebeldías que por todos lados aparecen hoy y la precedente falta de amor y entrega, ¿no tendrán que ver entre sí?

La tesis de la Dra. Terruwe es que la frustración acarrea una y otra. A veces una tras otra. Una actitud represiva en vez de la asunción eminente de la sensibilidad sería la causa. En el juego entre concupiscible, irascible y voluntad, es ésta como facultad racional la que debe conducir un proceso de formación que ordena sin reprimir. Ordena el irascible al concupiscible y éste a lo racional, potenciándolos y sobrelevándolos. Si en vez de asunción hay represión del concupiscible por un irascible no conducido por la razón (**autonomía funcional** de las pasiones del temor, la angustia, la ira, la desesperación) (8), surge el fantasma de la frustración y la neurosis y, en ocasiones, parece que verdaderas psicosis (9).

Es, pues, una temible deformación desconfiar **en principio** respecto del deleite. Este está llamado a que, asumido, se transforme en gozo, gozo del ser unificado y proyectado hacia arriba. Sin deleite sensible se puede vivir mientras haya gozo espiritual, aunque normalmente, sobre todo en los comienzos de la infancia vital y de la infancia espiritual, vayan juntos, en interacciones complejas. El ser ha sido creado para el gozo increado y de él están llamados a participar por la resurrección gloriosa los propios sentidos, en el mayor misterio de **asunción eminente** que podamos imaginar.

El cristiano sabe cuál es la pedagogía de Dios en el "itinerarium mentis in Deum", y de ella puede inferir con todo derecho una antropología y una ética. Dios da a los comienzos de la vida espiritual —que se prolonga para muchos toda la vida— ciertos deleites en ocasiones muy intensos, deleites en los que participa la sensibilidad. Pero si una persona está psicológicamente impedi-

(8) Cf. en Allport, G. W., *Psicología de la personalidad*, Bs. As., Paidós, 1970, p. 207, donde desarrolla la importante teoría de la autonomía funcional de los motivos.

(9) Cf. Crem, T., *Una explicación tomista de la neurosis*, Laval Théologique et Philosophique, Vol. XXIV, N. 2, 1968, traducido y comentado por nosotros en Cuadernos de Psiquiatría, UNC, 1969. A. Terruwe remite, por su parte, a *De frustatie neurose*, Romen en ZN, Roermond, 1962 y *The neurosis in the light of rational psychology*, N. York, Kennedy, 1960

da para gozar de ellos debido a esa **frustración profunda** de que hablamos, esa persona no podrá alcanzar **fervor**. Y sin él no hay esfuerzo fecundo y duradero. Dios da los consuelos sensibles —y después hasta los espirituales— pero también los quita, según una delicadísima psicología, en la medida en que se pueda vivir y crecer sin ellos, no porque ellos sean malos sino para capacitar a mejores dones, para preparar, en el amor desinteresado, al don de Sí mismo, al solo y puro gozo de Sí. No de otro modo actúa el hombre prudente consigo y con los demás: Quitamos deleite a la carne para hacerla apta al más perfecto gozo del espíritu, y esto tanto en la vida cultural como en la vida activa. Hay una satisfacción propia del irascible cuando se esfuerza por el bien arduo que es, por cierto, muy plenificante. Pero eso no es represión. Cuando ésta reemplaza aquel orden, la frustración psicológica trae el vaciamiento interior, la estrechez de corazón (contra lo que Santo Tomás observaba, que el deleite ensancha el ánimo) y de rebote esta presión provocará la reacción de irascibilidad, lo que la psiquiatra Terruwe llama neurosis de "energía", en una secuencia que suele presentar las siguientes fases: Indiferencia afectiva (¡cuántas personas religiosas sin calor humano ni divino!), depresión o angustia, complejos de culpa frente a la constante amenaza y al ansia cada vez mayor de un gozo permanente e inconscientemente prohibido, angustia disimulada por irascibilidad o "energía" y, en fin, el autismo en sus formas más severas.

Represión y violencia

Hay, pues, una vinculación entre represión y violencia. Desde la trivial e intrascendente experiencia de los novios con sus constantes reyertas, hasta la violencia explosiva y endémica del mundo de hoy. Aquéllas tienen que ver con la tensión que produce la detención del impulso amoroso, detención que, normalmente llevada, es la condición para un amor más profundo. Pero la violencia juvenil actual merece una reflexión a la luz de las consideraciones anteriores. No han visto mal Marcuse y compañía cuando dicen que, pese a todos los desenfrenos sensuales del mundo de hoy, éste es un mundo represivo. Lo que no perciben es cuál es la índole de la represión. Una cultura hedonista es siempre represiva, porque el placer que se propone, idealiza y estimula es inalcanzable, es decir, es negado al mismo tiempo y en relación directa a la fuerza con que se lo impone. La civilización actual nos **impone** gozar y esto es imposible en el nivel puramente hedónico y sensual en que lo impone. Pero no sólo esto; esta civilización es castadoramente represiva porque reprime ni más ni menos que las tendencias más hondas del ser humano, sus tendencias espiri-

tuales y trascendentales. Tan grave mutilación ha sido señalada por Baruk (10) como causa de graves psicosis. Este es el drama de nuestros jóvenes: odian inconscientemente lo que buscan sin esperanza de obtener. Los jóvenes de París de 1968 quemaban los mismos autos super sports que sus burgueses papás les regalaban para gozar de la vida.

Los jóvenes iracundos son seres frustrados, frustrados por una civilización sin verdadero amor y sin verdadera poesía. Todavía se oyen voces preguntando estúpidamente: "¿Frustrados de qué, estos mimados?" ¿De qué? ¿Es acaso poca frustración la de un mundo sin amor, agresivamente egoísta, de un mundo sin fervor, de un mundo totalitario del trabajo, estabulado en el vacío interior y la inmanencia, en la soledad al infinito de la ciudad sin diálogo ni convivencia, de un mundo sin lo único necesario? ¿Admira que esto lleve al odio de ser, del Ser? Los jóvenes violentos no aguantan este mundo porque no se aguantan a sí mismos hechos a su imagen y semejanza, sin haber perdido la otra imagen y semejanza que no se puede reprimir. ¿Puede haber acaso mejor preparación para morir matando? Sólo se le parece en eficacia destructiva la de los que les prometen rescatarlos de ese infierno mediante la revolución.

La asunción eminente

¿Cómo rescatar esta furia para el bien? Comenzando por no provocarla. Por eso ocupémonos más bien de renovar la pedagogía cristiana. La ordenación interior que nos propone tiene el carácter de una asunción sin represión. Veamos su "mecánica". En primer lugar reiteremos contra viento y marea que no se produce sin **ascesis**, es decir sin una cierta violencia, como dice el Evangelio respecto de la conquista del Reino. El problema psicológico está en el cómo.

Sabemos por experiencia corriente que el esfuerzo y el dolor no traumatizan si el entusiasmo dilata el ánimo. Esta es la función del irascible, infundir pasión en la conquista del bien arduo. Cuando el deleite está ausente y no puede ensanchar el corazón es necesario que otra fuerza lo reemplace en la conquista del bien apetecido. La primera condición es que ese bien arduo se viva como un bien; debe ser vivencialmente "expectado" como terminalmente gratificante. En efecto, el irascible se ordena al concupiscible y no a la inversa. El espíritu puede hacer violencia a la naturaleza sin frustración cuando lo que se espera es vivido como

(10) *Las terapéuticas psiquiátricas*, Buenos Aires, Paidós, 1961, p. 86 y ss.

un bien. Por cierto que la sensibilidad sólo participa **per accidens** de esa vivencia no sensible **per se**; el bien arduo (y todo bien espiritual es arduo para la sensibilidad) sólo será **sentido** como bien por los sentidos por su **participación** en la vida de la razón, la participación que ésta concede a la sensibilidad por asunción eminente. Cuando es sólo el temor, un temor sin contenido valorativo, una norma autoritaria vacía, el irascible actuará sobre el concupiscible irracionalmente y la experiencia se vivirá como frustrante. A la corta o a la larga el juego ascético debe tomar sentido, un sentido vivencial aun para la sensibilidad; un sentido **entusiasmante**. Debe mover también a través de la pasión el ansia del bien profundo del ser. Debe estimular su autoestima (lo primero es el amor de sí), ser **confirmado** por el amor, en fin, si es posible, arrebatado por la entrega a lo valioso.

El hedonismo es corto de vista, pero el puritanismo también. Veamos un hecho de la vida que ha llevado a extrañas especulaciones: el "nacerás con dolor". Llamado trauma del nacimiento por el hedonismo psicoanalítico, no debe verse como tal. En el parto —Jesús lo describe admirablemente en su aspecto psicológico (cf. Jn. 16,21)— de lo que se trata es de un ser que pugna por vivir, para lo cual debe nacer, que ansía crecer y realizarse, que es capaz de soportarlo todo con tal de arribar a un estadio superior. El parto es el símbolo de la vida humana. Por cierto que tras semejantes desafíos de la vida está el misterio, porque es un hecho que no todos los superan, misterio de la diversidad de las fuerzas para afrontar la vida y misterio de las circunstancias adversas: no todos logran superar todas las vallas; lo que en unos es ocasión de mayores despliegues, en otros se torna causa de frustración. El misterio bordea la vida biológica, psíquica y espiritual, y en él encuentran su límite la antropología y la ética. Esto es también un hecho y debemos reconocerlo. Nuestras explicaciones explican poco.

Afectividad, estimativa y ceguera de los valores

Una afectividad no inhibida sino asumida eminentemente, pero intensa, es condición necesaria al conocimiento de los valores por **connaturalidad**. Este conocimiento intuitivo de los valores es en la práctica el que prevalece en la conducta ética. Se puede percibir durante un tiempo aunque pobremente un valor sin tener una vivencia de él, pero a la postre el determinante habitual de la conducta será el conocimiento que de él tengamos por connaturalidad, es decir por experiencia. Y la experiencia humana incluye la afectividad. El corazón es el núcleo existencial de la per-

sona donde se encuentran la afectividad sensible y la afectividad espiritual (11). En ese encuentro se produce la vivencia profunda de las cosas y de los valores. El hombre puede inhibir esa vivencia por un acto de voluntad (v. g. cuando reprimimos la ternura por soberbia), o por falta de base sensible. Este último es el caso de la inhibición afectiva, que generalmente involucra un déficit de afectividad espiritual y por lo tanto de voluntad... y, por lo tanto, a la postre, de inteligencia: La razón se obnubila cuando no está sostenida por una afectividad sana, fuerte y recta. Así funciona el espíritu encarnado. La educación de la **facultad puente**, la cogitativa, permite la fluida relación entre sensibilidad y espiritualidad, siendo necesaria a la madurez psicológica y moral. Hay miopías morales, en ocasiones cegueras prácticas, cuya raíz es el déficit afectivo, análogamente a lo que Santo Tomás dice de la inteligencia, que funciona mejor si sus facultades servidoras —los sentidos internos: imaginación, memoria, estimativa y sensorio común— funcionan bien. La psicología ha mostrado hoy que graves perturbaciones intelectuales se deben originariamente a déficits en la estimulación sensorial del niño pequeño o a privaciones afectivas. El aislamiento en que se crían a veces los niños en zonas rurales produce una baja del nivel intelectual. Claro que estas soledades pueden darse en compañía, como en el hospitalismo.

Siempre resulta impresionante para el psicólogo ver personas bien dotadas intelectualmente, educadas éticamente, caer en extrañas durezas o tibiezas —que es falta de fervor religioso pero también humano— y que poco tienen que ver con la aridez propiamente sobrenatural. Puede ser que un estado orgánico esté entorpeciendo el funcionamiento psíquico, pero habiendo una salud fundamental, cuando una persona carece habitualmente de fervor es porque su afectividad se halla inhibida; esa persona padece de inmadurez y mejor hará en intentar reeducarse —incluso, si fuera necesario, por la terapia psicológica— que esperar una solución por vía puramente espiritual. Santa Teresa, con su afectividad formidable, podía atribuir a prueba sobrenatural sus arideces; no creemos que sea lo que sucede corrientemente con el común de las personas, incluso fervorosas. Los santos más ascéticos se han distinguido por una alegría y una ternura que nos hablan de una profunda afectividad, incluso sensible. A la inversa, una ascética sin afectividad suele ser esquizoide, o histeroide si la represión es menos completa.

(11) Cf. *Experiencia, afectividad y realidad, o del corazón como centro de la persona*, MIKAEL, Paraná, 1976, N. 11.

Thibon ha descrito bien las "venganzas" que la carne maltratada suele tener con el espíritu. "El que ignora o rechaza en sí la vida sensible, la incita por ello a revestirse de un disfraz sagrado, y a sumirse insidiosamente bajo la capa del impulso espiritual". "Cuanto menos sea el espíritu el tirano de la vida, menos riesgo correrá de ser su víctima" (12). El mismo Thibon dijo alguna vez que tras la podredumbre de un Rousseau está la inhumana rigidez de un Calvino, y seguramente no se trata sólo de una figura literaria.

Colofón

Hemos salido en defensa de la afectividad. Habrá que salir pronto en defensa de una afectividad cristiana. **Ascesis en amor** será su lema, pero esto exige otro capítulo.

ABELARDO PITHOD

Ediciones "MIKAEL"

1. **SAN MIGUEL, EL ARCANGEL DE DIOS**
Un estudio del P. Alfredo Sáenz sobre la noble figura del Príncipe de la Santa Iglesia. Presentación del P. Alberto Ezcurra \$ 400
2. **¿HACIA UN CRISTIANISMO MARXISTA?**
Valiente documento del Episcopado Colombiano en el que se denuncia con toda claridad los diferentes aspectos de la infiltración marxista en la Iglesia de Latinoamérica. Presentación del P. Hernán Quijano Guesalaga \$ 400
3. **FREIRE Y MARCUSE: LOS TEORICOS DE LA SUBVERSION**
Dos estudios, uno de Alberto Caturelli y otro de Enrique Díaz Araujo, nos muestran cómo la subversión antes que un hecho de armas es un estado de espíritu. Presentación del P. Alberto Ezcurra \$ 400

(12) *Sobre el amor humano*, Madrid, Patmos, 1965, Cap. I.